

y por las matronas ó las madres en particular, durante los primeros y más gloriosos tiempos de la república romana. Veturia toma en la tradición un tan severo aspecto y una tan excelsa magnitud, que parece la imagen hierática de Roma misma.

Conjurábanse un grande cúmulo de circunstancias á generar la reacción monárquica. El pueblo se revolvía en algunos momentos contra sus nobles, y por tal modo los odiaba que prefería no pelear por la patria, palacio para los empinados, calabozo para los humildes. Por estos abatimientos en los ánimos explícense las circunstancias que concurren en la fortuna de Porsena, el rey favorable al restablecimiento de los Tarquinos. Así nos cuentan los historiadores más veraces que tal reaccionario mereció del Senado cuantiosas ofrendas, como un trono de marfil al modo asiático, una diadema de oro, un cetro del mismo metal, una estatua que se ostentó largo tiempo en el ingreso de las curias. Si el corazón de los romanos hubiera podido rendirse á la monarquía como se rindieron sus fuerzas, acaso los Tarquinos volvieran á la Ciudad Eterna y Porsena lograra sus reaccionarios intentos. Pero la nobleza romana mereció bien de la humanidad por los esfuerzos que opuso á este criminal retroceso, contrario de todo en todo á los humanos y universales intereses. Primeramente

Bruto, en quien resplandecía la madura y alta razón propia de un consumado estadista, no quiso que á la separación y ausencia del rey se quebrantara la virtud del poder supremo, y reforzó la temporal y fugaz autoridad superior de los cónsules, necesitada de mucha fuerza, por lo mismo que no provenía de lo alto, ni de la herencia, ni de la tradición, por lo mismo que provenía de toda la ciudad, manteniendo la obediencia y la disciplina, muy necesarias á un pueblo todavía falto de aquellas múltiples calidades que se piden y se necesitan para el propio gobierno y la representación por medio de delegados y delegaciones populares en las venerables magistraturas y en las sublimadas jerarquías constitutivas de las verdaderas y altas personificaciones del Estado. Y no contento con esto, proscribió al mismo Colatino, autor principal de la revolución por su mujer Lucrecia, creyendo imposible la presencia de un pariente de los Tarquinos en una república niña, muy expuesta de suyo á retroceder hacia la monarquía, y dotó á los pontífices con las atribuciones religiosas antes imputadas al poder real, á fin de que ni los más connaturalizados con los antiguos hábitos y los más devotos de las antiguas creencias echasen de menos en el hogar y en el templo á los antiguos reyes. Pero ni aun así evitaron las reacciones. Mucha gente, con espe-

cialidad la juventud áurea romana, quejábanse del reemplazo de reyes, personas accesibles á la lisonja y al ruego, en dones largas, en castigos cortas, por códigos inflexibles é instituciones impersonales, de donde no podían esperarse lluvias benéficas de gracias y favores. El austero vivir que sucediera, tras la revolución, al antiguo gozar en los senos de una monarquía etrusca, tan fuerte como espléndida, había todo él ido contra las prerrogativas y las ventajas de los jóvenes patricios, caídos de la corte y de sus fiestas al pie de burdos plebeyos y leyes durísimas. Así es que la reacción sobrevino pronto, y una parte considerable del patriciado joven la mantuvo con su palabra y con su fuerza. Y como llegaron los enviados de Tarquino á llevarse las joyas y ajuares de sus reyes, cuya devolución decretara el Senado, aprovecharon los jóvenes reaccionarios la coyuntura para urdir una confabulación que restaurase la vieja monarquía. Delatados por un siervo, á quien denominaban Vindicio, encontráronse los hijos del propio Bruto entre los conspiradores. La trágica situación del romano hiere y aflige aun hoy á cuantos leen las viejas historias. El combate acérrimo entre su amor de padre y su deber de consul conmueve hoy mismo á los siglos como una de las más acerbos pruebas por que haya pasado

jamás el corazón humano, pues pudo sin quebrarse presenciar el suplicio de aquellos que eran carne de su carne y sangre de su sangre, todo por la república, por la libertad y por la patria. Con tamañas severidades no hay que decir cómo tratarían las pretensiones del rey destronado. Su cuantioso ajuar etrusco fué por el pueblo entrado á saco, y su campo entre las orillas del Tíber y la montaña del Palatino puesto entre las cosas públicas y trocado en campo de Marte. La traición última de Tarquino resolvió este asunto, en el cual tuvieron los padres y los conscriptos muchas perplejidades, temerosos de que si devolvían las riquezas cuantiosísimas del tirano, sirviesen de alimento á una conspiración, y si no las devolvían, sirviesen de pretexto á una guerra. No tardó en declararla, secundado por los reyes de las gentes etruscas, á quienes descontentaba mucho una república en Roma, perjudicial á todas las monarquías. Pero la heroicidad de Horacio Cocles echándose desde lo alto al Tíber para redimir á su patria y evitar el ingreso de los irruptores por la puente romana, el martirio de Mucio Escévola quemándose la mano con que marrara el golpe al rey Porsena, el amor y el sacrificio de Bruto, conjuraron aquella terrible reacción monárquica y trajeron al cabo la consistencia de una república por tantos enemigos amenazada en su cuna.

En todos estos actos resplandece con resplandor vivísimo el poderoso influjo de la matrona romana, y, por consecuencia, de Veturia, cuya indudable virtud privada sembró muchas virtudes públicas necesarias á los pueblos libres. El pudor de Lucrecia subió en la estimación general de los romanos á una religión verdadera. Cuando los patricios reaccionarios suspiraban por la vuelta de los reyes, el influjo de las damas concurrió poderosamente al sostén de las leyes. En la muerte de Bruto ellas vistieron duelo idéntico al llevado por los padres, pues padre del alma debía llamarse quien tanto hiciera por vengar el pudor femenino oscurecido en la persona de Lucrecia á la voluptuosidad infame de los epicúreos Tarquinos. Pero en lo que más da Veturia la medida indudable del patriotismo á que llegara su ánimo es en el envío y expedición de su hijo, todavía muy tierno, á los combates heroicos y terribles contra la reacción monárquica. Quince años apenas contaba y se halló en aquellas colosales porfías que mostraron al mundo ya, por las fuerzas y las virtudes en ellas desplegadas, el destino que cumpliría con su valor y con sus ideas la romana gente. Tan joven dijo quién era, no sólo en llevar é infligir la muerte á tanto contrario, en defender á tal número de romanos. Caído en el suelo uno de sus compañeros,

fué á socorrerle, poniéndose á su lado, parapetándolo con su cuerpo como un fortísimo escudo hasta concluir y rematar al audaz enemigo, inmolido sobre la víctima que pretendía él inmolar. Así mereció la corona de encina designada en las costumbres romanas por premio á quien salvase la vida de un camarada combatiente caído y maltrecho en lo más recio de una porfiada pelea. Plutarco, al llegar á este punto de su narración en la biografía de Coriolano, tan sospechosa por la exactitud de sus relatos como bella por la forma de su estilo y filosófica por la copia de sus pensamientos, dice que preferirían los antiguos la encina para representar el valor, bien á causa de que los hijos de Arcadia, denominados por el oráculo apolino belloteros, tuvieron poderoso influjo; bien á causa de que la encina crece por todas partes y muy comúnmente; bien á causa de hallarse tal árbol consagrado á Júpiter; bien á causa de que sus ramas desprenden alimentos como las bellotas en el suelo y destilan de sus troncos las dulces y olorosas mieles. Pero, en cuanto acaba de disertar así con su adquirida educación, se detiene á considerar en sus nativas admiraciones las acciones del altísimo guerrero, en las cuales él á sí mismo se aguijoneaba y emulaba, resultando porfiadísimo rival de sí propio. Y tras haber descrito y paladeado con tal gusto el re-

cuerto de tantas acciones heroicas, busca el móvil único, y lo encuentra en el amor á su madre y en el deseo de rendirle homenaje con los despojos aportados y de ufanarla y ensoberbecerla con su poder y con su gloria. La madre viuda, la madre austera, la madre reveladora y educatriz, la madre sacerdotisa, la madre influyente sobre la suerte, no sólo de su hogar, de su estado, en aquella Roma henchida por sus virtudes, aguijonea su actividad y le mueve á todas las grandes acciones. De aquí, de tal pasión pura y generosísima, la intensidad del deseo con que procuraba una gloria efectiva y la constancia con que mantenía el esfuerzo diario para granjearla y robustecerla en sus porfiados combates, donde las temeridades varias del valor más audaz mezclábanse al reflexivo examen de todos los medios y al cálculo exacto de todas las probabilidades. El amor filial ocupó la vida entera de tal joven y le movió en sus empresas. Hay quien dice que nunca se hubiera casado si al casamiento no le moviera su madre, y que ya constituida la familia nueva, destinó el santuario de su hogar á Veturia, bien digna de tanto templo, y enseñó en el amanecer del alma de sus hijuelos á bendecirla como si fuera una diosa. Necesítase insistir mucho sobre los caracteres políticos de Veturia y el amor fervoroso de Coriolano á su madre

para comprender esta historia. El orgullo patricio determinó la vida de Coriolano y la piedad filial su muerte.

Este afán sólo le aguijoneaba y le impelía fuertemente al inmediato logro de todos sus deseos animados por provocadoras esperanzas. Coriolano quería mostrar á la mujer de quien recibiera, no su vida, sino también su alma, que la educación suya le había valido para subir á todos los puestos más altos con facilidad y disputar todas las honras más excelsas con fortuna. En aquella casa, donde había faltado el rey, el juez, el general, el sacerdote, ó sea el padre de familia, casa dirigida y gobernada exclusivamente por una débil mujer, se había podido criar, en virtud y por obra del amor materno y de la piedad filial, un hijo apto para la senaduría, para el generalato, para el gobierno supremo, ejercido en aquel pueblo, ya republicano, por dos cónsules de patricia proposición y de popular nombramiento. No movía, pues, ánimo tan fuerte y resuelto una sola y particular ambición personal ó aislada, movíale también, con empuje soberano, móvil tan sublime como el amor más puro al objeto más santo. Con esto, con lo desinteresado del móvil, coonestaba el ambicioso, no vulgar ciertamente, generosísimo y elevado, sus impacencias sin reposo, sus furores sin medida, sus odios sin excusa, sus

cóleras sin arrepentimiento y sin remedio, que le llevaban, alguna vez, á las más bajas acciones arrastrado por los más altos motivos. Las coronas de encina, los trofeos de triunfo, las haces de cónsul, todas las preseas asequibles á un ciudadano en Roma, todas las dignidades dobles queríalas y deseábalas con intensidad para ponerlas como un pedestal gloriosísimo á los pies de la vesta incomparable que se denominaba Veturia. Él no quería todo esto de gracia y regalado por merced, queríalo conseguido por su propia virtud y como pago justo á sus acciones brillantes. Como si nada hubiera heredado, al heredar en sus venas de noble y patricio sangre superior, pontificia y regia, trabajaba en el comicio, en el campo, en el campamento, en el Senado. No hay sino leer á Plutarco, Tito Livio, Dionisio de Halycarnaso, para comprender todo el fundamento y base de mis asertos y de mis juicios. El relato de la inmortal hazaña por que mereció su apellido de Coriolano basta para calificarlo. Los volscos, asentados sobre las fronteras de Roma por el lado de Campania, entre las líneas meridionales de las Pontinias, cerraban el camino de los romanos al Mediodía, é interponiéndose por rutas de suyo indispensables al comercio, provocaban lecciones y castigos sin cuento en edades difíciles á toda otra razón que no fuese la del combate y del triunfo. La ciudad

más importante de aquella región entonces llamábase Corioles, y en los trances varios de una discordia perpetua tenía puesto sitio el cónsul Cominio, guerrero de tanta fuerza, que ya la había casi cobrado y vendido, necesitando los sitiados, en tal apuro, de supremos esfuerzos y de sumos auxilios. En efecto, sus compatriotas acorren de todas partes la ciudad sitiada poniendo al sitiador en grave aprieto, pues difícil mantener un sitio con la ciudad enemiga al frente y en la espalda un ejército de socorro. Hallábase, pues, la fuerza romana entre martillo y yunque. Cominio se destaca de las legiones sitiadoras en requerimiento de los socorros y queda Lavino en el asedio con bien escasas fuerzas. En tal instante los asediados se lo prometieron todo del propio valor suyo y del escaso número en el enemigo, saliendo á gritos y en tropel ganosos de aquella fácil victoria. Fuélo, en efecto, pues rompieron á los romanos y llegaron en su seguimiento y persecución hasta las trincheras del asedio. Todo se hubiera perdido, todo en suma, de no estar allí el jó ven Marcio, anheloso por mostrar á su madre ausente cómo aquel hijo de sus entrañas acababa de volver por su amadísima Roma y salvarla, porque allí, en Roma, resplandecía el hogar, templo y ara de su bendita idolatrada estirpe. Así, blandiendo en sus manos la espada, como los dioses el

rayo, resollante su pecho en guisa de fragua, los ojos relampagueando de ira, los labios vibrantes con palabra de guerra, parece la imagen viva del valor y la promesa infalible del triunfo. En breves segundos los romanos le siguen, los volscos le huyen. Pero no basta, no, á su ardimiento un resultado tan fácil é inmediato, y sigue con ardor impeliendo á los suyos hasta conducirlos como fascinados por tanto arrojo contra la propia voluntad al pie del muro y al ingreso y entrada del pueblo. La imagen de su madre se le apareció entonces cual á los devotos la imagen de su Dios.

Y, los ojos puestos en tal numen, coronó su hazaña de tanto día con remate de verdadera gloria. Cuando los suyos toparon, en la carrera tomada sobre los volscos fugitivos, con las temidas murallas, detuviéronse al recuerdo de la defensa hecha y al temor de la entrada temeraria. Mas Coriolano creyó que por una puerta franca debía penetrar un sitiador celoso, siempre que pudiese, pues no le ofrecerían los sucesos en coyuntura mejor brecha tan franqueable y ancha. Métese, pues, por la puerta en compañía de aquellos que, por amistad á él ó por valor propio, creían deber seguirle sin volver atrás la cabeza en demanda de lo arriesgado del lance y de lo terrible del encuentro. Quienes así volaban en pos de su héroe fueron pocos muy pocos, pues

ninguna virtud de las sobrehumanas valiese si abundase. Aquel arrojo equivalía en término postrero á un suicidio, y ya que la vida estaba por completo entregada, no era cosa de venderla y venderla por poco precio. De consiguiente, un furor fuera de todo lo natural se apoderó del joven, semejante al ímpetu arrebatador de los dementes que rompe por todo, arremete con todo y se lo lleva todo de calle. Un terremoto no sacude los suelos perturbados, un torrente no arrastra los objetos caídos en sus ondas, un rayo no parte la nube ni hiere la encina con la fuerza que Coriolano empleaba en aquel supremo instante de su vida, buscando la gloria para su nombre patricio y el nombre para su madre idolatrada. Nunca esfuerzos tan heroicos pueden quedar sin baldón en este mundo nuestro, donde tanto importan todas las verdaderas virtudes. La ciudad cae rendida. De sus defensores los unos han muerto á la furia del romano y los otros han ido á los barrios extremos, quedando unos cuantos en el combate cuerpo á cuerpo, cuyas incidencias se prolongan hasta que los romanos entran y consiguen suprema conquista. Coriolano se negó á quedarse allí por el provecho de un botín cuantioso. Mayores tentaciones golpeaban su pecho y movían su voluntad. El recuerdo de que una parte del ejército se hallaba comprometido en la terrible

lucha con los volscos, congregados para defender y acorrer la ciudad sitiada, le movió á salir pronto de allí, donde todo estaba concluído, y acudir al sitio necesitado de un mayor esfuerzo. El águila no vuela como él corre por aquellas campiñas inmensas anheloso de alabar su obra. Cuando le ven llegar lanzan los suyos un grito de alegría. El esplendor de su mirada y el júbilo de su rostro anuncian la victoria sobre los sitiados en la ciudad enemiga. Este anuncio llega con tanta mayor oportunidad, cuanto que los romanos estaban á punto de rendirse y de ceder á la propia fatiga y al número contrario. Pero con tal refuerzo los soldados se centuplican, los ímpetus se redoblan, los horizontes de la esperanza se abren, y tantas desventajas como parecían irremediables á los primeros asaltos de la desesperación se truecan en verdaderas y sólidas ventajas. El triunfo sigue al refuerzo. La inspiración al concebir y la prontitud al ejecutar le valen universal aclamación de las que un ejército victorioso eleva entre los fragores del triunfo á quien ha sabido granjearse. Dispónese por todos que se le decrete y reciba el diezmo de los despojos arrebatados al enemigo. Pero él se niega y dice que con la interior satisfacción está suficientemente pagado, y que aquellos bienes le molestarían dando en apariencia el interés por móvil á empresas movidas y

acabadas por el puro amor á la patria. Entonces el general y el ejército convienen á una en que lleve para toda su vida el sobrenombre de Coriolano en recuerdo de su triunfo. Así tuvo tres nombres: primero, Cneo; después, Marcio, correspondiente á su origen y familia, y, por último, Coriolano, que le recordaba el más valeroso de todos sus esfuerzos y el más alto y sublime de todos sus triunfos. Su gloria resplandecía, pues, como había deseado en sus infantiles ensueños para bien y honra de su madre.

Pocos, muy pocos tributos podían á una madre pagarse como esta serie de indecibles triunfos alcanzados por un militar tan joven. Tras la corona del rudo encinar cortada para ornar sus sienes en el triunfo conseguido sobre los tiranos, venía este nuevo lauro á rematar y coronar sus múltiples y espléndidos títulos para cuantas dignidades y honras pudiese dispensar la patria. Inútil decir cómo escucharía la madre absorta en su hogar el relato de tantas acciones, á cual más heroica y sublime, como le iba llevando á los oídos la voladora y resonante fama. Todas las frentes á una se inclinaban en presencia de aquella mujer, quien, viuda en sus primeros años y falta del auxilio prestado por su esposo en la obra de educación dable á un varón, procedió de suerte que saliera de valeroso

y atrevido cual si un padre, y sólo un padre muy guerrero, formara y robusteciera su alma. Entre aquellas varoniles cualidades suyas resaltaban cualidades también de virtudes verdaderamente delicadísimas que había depositado allí su madre con el soplo de su amor. El vivo desinterés, el amor al sacrificio, el desprecio de las riquezas, el sentimiento de cariñoso afecto por sus compañeros en armas llevado hasta la sublimidad de posponer á su vida la propia vida, el cuidado y el celo por todos cuantos le circuían, cualidades eran puestas en el fondo de su alma bravía por la educación de una mujer. Así los largos afanes de ésta por su hijo quedaron compensados al verlo rápido en la concepción de sus planes, resuelto en el cumplimiento, largo de manos para coger las armas y corto para coger los despojos, capaz de todo sacrificio é incapaz de toda bajeza, digno de la estirpe á quien había debido la vida y la tierra romana, para cuya gloria y defensa lo había engendrado un austero matrimonio patricio. Religiosa, muy religiosa Veturia mientras su hijo estaba en los incidentes del combate, y perpleja su ánima propia entre los contradictorios anuncios de nuevas encontradas, importunaría los dioses con sus súplicas y con sus promesas en tal estado, mientras después de sabida la toma del lugar sitiado y

la victoria sobre tan poderosos enemigos como los volscos arderían las lámparas con fulgores más vivos ante los viejos lares patrios y penderían los exvotos en más crecido número de sus aras y de sus santuarios. Hay almas en quienes el amor sube y no baja. En vez de buscar el cariño de aquellos que les heredan, buscan el cariño de aquellos que les preceden allá en los caminos de la vida. Por un sentimiento así las dinastías, las castas, las aristocracias se fundan. Si no tuvieran acervo común y fondo idéntico de creencias convertidas en tradiciones desde los brahmanes indios hasta los patricios romanos, jamás compusieran clases tan fuertes ni estas clases tan fuertes dominaran como dominaron sobre los territorios y sobre los pueblos. Así como Coriolano tenía por divinidad en el mundo á su madre, tenía por divinidad en el mundo su madre á Roma. Este sentimiento de todo en todo en todo patricio, se ligaba con la religión de los recuerdos y se unía con el culto á los muertos. Para Coriolano el seno de su madre significaba todo cuanto había vivo de sus abuelos en la tierra, y adoraba en él toda su estirpe; y para Veturia Roma era el sepulcro de toda la gente patricia y noble, á cuyos continuados y vivos sacrificios se debían la tierra y la ciudad en tal tierra brotada y de su jugo nutrida. Resumiendo-